

Óscar Niemeyer: la curva y el pueblo

Ricardo A. Tena Núñez*

A sus 97 años de edad, Óscar Niemeyer Soares Filho sigue activo, es uno de los principales exponentes del Movimiento Internacional de la Arquitectura Moderna, mantiene su peculiar discurso comunista y continúa su vital obra arquitectónica que enfatiza la línea curva. Este longevo arquitecto nació el 15 de diciembre de 1907 en el barrio de Laranjeiras de Río de Janeiro (entonces capital de Brasil), realizó sus primeros estudios en el Colegio Barnabitas y se graduó como arquitecto en 1934 por la Escuela Nacional de Bellas Artes. Se casó aún siendo estudiante y tuvo a su hija Ana María (quien después colaboró en la decoración de sus edificios); en esos años trabajó un tiempo en la empresa del arquitecto Lucio Costa (1902-1998).¹

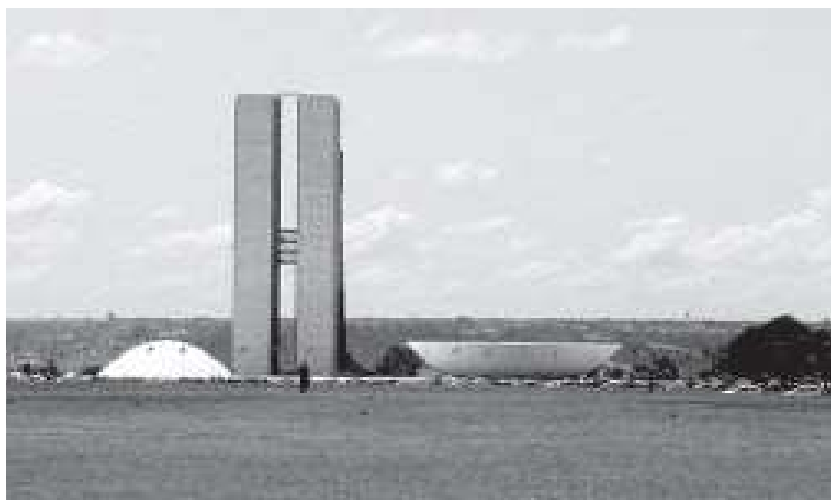
Las primeras obras de Niemeyer las hizo como estudiante y gratuitas; la primera fue la residencia de Henrique Xavier: una casa rara para la época, hecha en cuatro plantas y apoyada sólo en las pare-

des laterales; lo que llama la atención en esta solución es el crecimiento independiente de los elementos espaciales de cada planta en direcciones diferentes. La segunda fue la obra del Berço (1937), una pequeña maternidad construida en el barrio de Lagoa en Río de Janeiro, cuya fachada estaba diseñada con la protección de parasoles, pero como no se establecía cómo fueron proyectados, Niemeyer mandó hacer unos por su cuenta.

En 1936, Lucio Costa, Óscar Niemeyer, Carlos Leão, Affonso E. Reidy, Jorge Moreira y Ernani Vasconcelos, realizaron las obras del Ministerio de Educación de Río de Janeiro (1936), con la controvertida participación de Le Corbusier (autor del anteproyecto), hecho que fortaleció su orientación urbana y arquitectónica dejando una profunda huella en su obra. Después, en 1939, luego de una controvertida decisión –Costa declinó el primer lugar a favor del proyecto de Niemeyer–, colaboraron juntos en la obra del pabellón brasileño para la Feria Mundial de Nueva York, y más tarde en la residencia Peixoto, realizada en 1943.

En 1941, Juscelino Kubitschek, alcalde de Belo Horizonte (capital del estado de Minas Gerais), encargó a Niemeyer la construcción de una serie de edificios, obra que culminó en 1934 con un ejemplar conjunto arquitectónico donde integró la pintura y la escultura, desarrollando un imaginativo estilo personal con bóvedas parabólicas y muros inclinados, formas distantes del racionalismo imperante –como se aprecia en la polémica iglesia de San Francisco, tan radical en su estructura que su consagración se pospuso 16 años–. En 1947 Niemeyer representó a Brasil en el concurso para

***Doctor en Urbanismo, profesor investigador de la Sección de Estudios de Posgrado e Investigación de la ESIA Tecamachalco. ricardotena@att.net.mx**



Brasilia, Conjunto del Congreso. Foto: Ricardo A. Tena Núñez.

¹ Lucio Costa, nació en Tolón, Francia en 1902 y murió en Brasil en 1998. Estudió Arquitectura en la Escuela Nacional de Bellas Artes, se graduó a finales de la década de 1920, fue catedrático y director de la misma.

el edificio de las Naciones Unidas en Nueva York. Y en 1951 dirigió el proyecto del conjunto de la exposición del 4º Centenario en São Paulo (Parque Ibirapuera).

Ya siendo presidente de Brasil, Juscelino Kubitschek, en 1957, lo nombró asesor de *Nova-Cap*, organización encargada de fundar la nueva capital del país en el céntrico estado de Goiás: Brasilia (hoy catalogada como patrimonio mundial). Con esa función, Niemeyer aconsejó convocar a concurso nacional para la traza urbana del proyecto, él presidió el jurado y en 1957 resultó ganador Lucio Costa. La construcción fue ejecutada por la "Compañía Urbanizadora de la Nueva Capital", encabezada por Israel Pinheiro y donde Niemeyer fue director de Urbanística y Arquitectura, encargado de la construcción de edificios y Lucio Costa de las obras urbanas. Brasilia fue inaugurada –aún sin concluir– el 28 de abril de 1960. Niemeyer es autor del proyecto de los bloques residenciales y de los edificios públicos, entre los que destacan: el Supremo Tribunal Federal, el Palacio de la Alvorada y la capilla de esa residencia presidencial, la Catedral Metropolitana, el museo y la plaza de los Tres Poderes.

A partir de la década de 1960, principalmente durante el periodo más intenso de la dictadura militar (1964-1984), Niemeyer se dedicó a trabajar en el extranjero, realizando diversos conjuntos arquitectónicos en Alemania, Gran Bretaña, Italia, Argelia y Francia. Algunas de sus obras más destacadas durante estos años son la Universidad Constantina en Argelia, una biblioteca y una residencia de estudiantes en Oxford, Gran Bretaña, la embajada de Brasil en La Habana, Cuba, el Yacht Club en Río de Janeiro y el Ministerio de Defensa en Brasilia. También es obra suya el Memorial de América Latina en São Paulo, se trata de un inmenso centro cívico de ocho hectáreas inaugurado en 1989.

El trabajo más reciente de Niemeyer es el diseño de un complejo conjunto de piscinas curvilíneas cubiertas por cúpulas semicirculares para la ciudad de Potsdam que deberán estrenarse en 2007, aniversario 100 del arquitecto. Potsdam es la capital del estado de Brandenburgo (sede del palacio de Sanssouci, joya del rococó centroeuropeo) y vecina a Berlín, con la que comparte un clima poco favorable para la natación y comida al aire libre. Por ello, Niemeyer protege las piscinas con una cúpula de acero y cristal que se pueden abrir al exterior por medio de un sistema hidráulico, tomando en cuenta el mal tiempo y el corto verano alemán. Los módulos se comunican por medio de una serie de galerías acristaladas de formas ergonómicas, que expresan la fidelidad a sus principios: "la curva, aplicada al hormigón, es la medida de una arquitectura humanizada: hermosa, funcional y popular."

«La arquitectura no sólo debe ser funcional. También debe ser bella», explicó Niemeyer, quien dada su aversión a viajar, no estuvo hoy (junio del 2005) en la presentación del proyecto, sino a través de



Brasilia, Plaza de los Tres Poderes, Palacio de Gobierno Federal.

un video rodado en su estudio de Río de Janeiro. Sí acudió a Potsdam su sobrino y colaborador, Joao Niemeyer, quien realizó un paseo virtual, a partir de simulaciones por ordenador, de un complejo que ocupará 42 000 metros cuadrados próximos al casco urbano de lo que fue la ciudad residencial de los reyes prusianos. La pasión por la curva del maestro le ha llevado a huir incluso de la línea recta en el reparto por el recinto de las piscinas, que quedarán diseminadas como por azar sobre el verde césped. Ni siquiera la piscina olímpica –rectangular, de acuerdo a los cánones– o la destinada a saltos de trampolín se adaptan al espíritu de lo rectilíneo, ya que quedan camufladas bajo una bóveda acristalada.

"Lamentablemente, la arquitectura suele servir a la clase dominante. El pueblo tiene escasa participación en la arquitectura», reflexiona en el video Niemeyer. Razón de más para que un complejo pensado para el recreo del ciudadano sea lo más acorde posible al concepto de lo popular y humano defendido por el arquitecto. Será una obra «para el pueblo, para la juventud y para la salud», (...). Niemeyer recupera así no sólo su amor por la curva, sino también por el discurso comunista (...). El presupuesto ronda los 31 millones de euros (...). Se espera que la obra quede adjudicada, por concurso público, a principios de 2006, para que la construcción pueda iniciarse al verano siguiente y quedar lista en 2007.

Finalmente, cabe señalar que a lo largo de su extensa vida profesional, Niemeyer ha obtenido numerosos galardones, entre los que destacan el Premio Lenin de la Paz (1963), el Premio Pritzker (1988) y el Premio Príncipe de Asturias de las Artes (1989).

Para documentar y ampliar la visión de Niemeyer, presentamos la versión completa de una entrevista realizada por Narciso Pinheiro da Rocha en 1985,² justo en el momento de la apertura demo-

² Revista *ele eia* No. 192, RJ, Brasil, 1985. Traducción del portugués realizada por Ricardo Antonio Tena Núñez, IPN. México, 2005.



Brasilia, edificios de habitación, ala norte.

crática que ganó el pueblo brasileño con la movilización popular por las «directas».

En 1985, a los 77 años de edad y medio siglo de arquitectura, el más famoso intelectual y uno de los más célebres hombres de izquierda del Brasil, ve con mucha esperanza a la nación después de la dictadura. Óscar Niemeyer, presidente del Centro Brasil Democrático, aconseja apoyar a Sarney y no perder la fe en tiempos mejores, aun sin la presencia de su arquitecto: Tancredo Neves,³ por quien siente una gran admiración.



Berlín, reunificación. (Foto de archivo).

Habla Óscar Niemeyer:

—Estimaba mucho a Tancredo Neves. Era su amigo. Antes de ser electo estuve con él en Belo Horizonte, fuimos a Pampulha,⁴ cuya obra decidí catalogar. Me llevó al Parque Municipal donde quería que hiciera la Escuela Guignard, que ahora se va a construir. Después vino conmigo a Río (de Janeiro) y juntos miramos el proyecto que hice para la academia de Letras de Belo Horizonte. Era un hombre capaz, sensible, una personalidad hábil, afecta a la política. Infelizmente surgió ese drama terrible. Y, como si no bastase, entramos en otra crisis. Las huelgas se suceden y son justas. La situación brasileña es muy grave. Gente sin techo, sin comida. Es el momento de que se una el pueblo y el gobierno busque, con urgencia, las medidas necesarias para resolver esta situación. La época de Tancredo fue un periodo de promesas, de optimismo, de esperanzas. Mas el peligro mayor está delante del presidente Sarney, que debemos apoyar. Aunque esté muy bien asesorado, con ministros capacitados, la tarea es muy difícil.

Óscar Niemeyer fue a Brasilia para tratar con el presidente José Sarney la construcción de un panteón en memoria de Tancredo Neves y habla con emoción de la ciudad que ayudó a construir y que este año cumple 25 años.⁵

—Recordó: «... aquella tierra vacía, hostil, casas improvisadas, la ciudad creciendo, el altiplano tomando vida y Juscelino atento, nos ayudaba con su entusiasmo permanente. La Brasilia de sus sueños. Urbanísticamente, ella representa la opción de la «Carta de Atenas» propuesta en 1937. Una opción inteligente, una ciudad monumental en las áreas que así deben ser, y acogedora en las zonas de habitación. Allá trabajábamos de sol a sol. De Brasilia quedó un periodo de mucho optimismo y la certeza de que la idea de Juscelino era justa, que la ciudad llevaría el progreso para el interior. Con su crecimiento surgieron edificios buenos y ruines, como es inevitable, la unidad arquitectónica se perdió. Lo que me da tristeza que nada tiene que

³ Tancredo Neves (1910-1985) fue electo presidente de Brasil en marzo de 1985 y murió por un viejo padecimiento después de una intervención quirúrgica, en abril de ese año. Sin embargo, su elección marcó el inicio de la vida democrática en Brasil y el fin de la dictadura militar que se inició con el golpe de Estado en 1964.

⁴ Pampulha: Conjunto arquitectónico proyectado por Óscar Niemeyer, realizado en Belo Horizonte (1942-1944) por encomienda de Juscelino Kubitschek, entonces prefecto de la ciudad (Brasil A/Z, pp. 590).

⁵ La ciudad de Brasilia se construyó por el gobierno de Juscelino Kubitschek de 1955 a 1960 y se inauguró el 21 de abril de 1960. La construcción fue ejecutada por la «Compañía Urbanizadora de la Nueva Capital» (NOVA-CAP), empresa presidida por Israel Pinheiro cuyo director de Urbanística y Arquitectura era Óscar Niemeyer, autor de los proyectos de los edificios públicos y de los bloques residenciales. Niemeyer presidió el jurado que en marzo de 1957 escogió como proyecto de la ciudad el plan presentado por el urbanista Lucio Costa.

ver con aquella arquitectura y urbanismo, es la idea de que los hombres que la construyeron, esos millares de trabajadores que concurrieron a Brasilia como si fuese la tierra prometida, que dieron todo a la nueva capital, quedaron tan pobres que no la pudieron habitar. Viven en las favelas de las ciudades satélites, mal instalados, lejos del trabajo, en una situación deprimente. Por eso, para descontento de muchos, digo que Brasilia es la ciudad más discriminatoria de este país.»

Óscar Niemeyer, en los últimos veinte años, sufrió con el régimen militar impuesto al país (1964-1984), fue víctima de una serie de arbitrariedades y vivió también su periodo de exilio.

—Fui obligado a apartarme de Brasil, pues no existían condiciones. Mi despacho fue invadido muchas veces y otras tantas fui llamado a declarar. Hubo un periodo, durante el proyecto para la construcción del aeropuerto de Brasilia, el ministro de aeronáutica afirmó que el lugar del arquitecto comunista era Moscú. En otra oportunidad, el general Mansur Neto, que por fortuna ni conozco, distribuyó textos contra mi arquitectura. En los tiempos negros de Médici, el prefecto de Brasilia, me quería despedir, hoy es un pobre diablo reclamado por la justicia.

Los que quisieron inmovilizar a Niemeyer acabaron proporcionándole un periodo muy activo y la oportunidad de mostrar su trabajo en el exterior.

—Fui muy apoyado por el general De Gaulle y André Malraux, que llegaron a crear un decreto para que yo pudiese trabajar en París. También elaboré proyectos en Argelia y en Italia, mi arquitectura quedó más comprendida y la técnica brasileña conocida. La arquitectura que hacemos crea grandes vanos, movimientos (equilibrios) enormes, lo que le da un sentido técnico definido.

El primer trabajo de Niemeyer fue con el equipo que construyó el edificio del Ministerio de Educación y Cultura (MEC). Allí conoció a Gustavo Capanema, que lo llevó a Juscelino Kubitschek, con quien trabajó toda la vida. En 1945 acogió en su despacho de la calle Conde Lage a los comunistas que salían de prisión y después les entregó la casa, dándola a Prestes: «quédate con ella, que su trabajo es más importante que el mío.» A partir de ese día su despacho se transformó en el Comité Metropolitano del Partido Comunista Brasileño (PCB). Hoy, Niemeyer espera que todos los partidos sean legalizados, que una comunicación más fraterna reúna a todos los países del hemisferio, que las relaciones con Cuba y Nicaragua se establezcan mejor. Pero no fue sólo en Brasil que Óscar Niemeyer sufrió las consecuencias de su relación con el PCB. Su posición creó obstáculos para su vida profesional, principalmente en los Estados Unidos, donde trabajaba en el proyecto de la sede de las Naciones Unidas.

—Salí de los Estados Unidos en 1947 y pasé veinte años sin conseguir la visa para volver, a pesar de

estar invitado para impartir cátedra en la Universidad de Yale. Cierta vez, en Roma, fui invitado para hacer un trabajo en Estados Unidos. En el consulado, al examinar mi pasaporte, dijeron que no me podían conceder la entrada al país. Pregunté si era una cosa personal y ellos me respondieron afirmativamente. Recuerdo mi respuesta como si fuera hoy: «Saben que estoy contento, porque, si después de veinte años rechazan mi visa, es porque yo no he cambiado en nada.»

Hace siete años (1978), Niemeyer consiguió visa por 15 días con la promesa de que cuando venciera podría ampliarla por seis meses. Llegando a Nueva York el artista fue a visitar el edificio de Naciones Unidas y a la salida los reporteros le preguntaron si gustaba de los Estados Unidos. La respuesta fue rápida: «gusto del pueblo americano y estoy satisfecho de visitar este edificio, justamente el día en que China Comunista es aceptada en la Naciones Unidas». Es claro que no consiguió prolongar su estancia «... pero si lo necesitara ahora, a pesar de no estar en el poder Ronald Reagan, pienso que conseguiría una nueva visa. La libertad es muy elástica y su veracidad relativa en aquel país».

Pregunto a Óscar Niemeyer sobre los periodos más importantes de la arquitectura en los últimos cincuenta años, y por primera vez, él demuestra falta de motivación, alegando que tendría que estar conmigo todo un día para responder. Por ello, después de pensar un poco decide hablar:

—Cuando surgió el concreto armado, surgió la arquitectura contemporánea, y un mundo de formas nuevas se ofreció a los arquitectos. Pero nada ocurrió. Surgieron normas, reglamentos y principios limitadores. En poco tiempo el funcionalismo se cumplía y el racionalismo se expandió —en forma repetida y fácil de elaborar— de los Estados Unidos al Japón. Luchamos contra tanta insensibilidad, y hoy nuestra arquitectura se recomienda: «El



Brasilia. Plaza de los Tres Poderes. Museo Brasil.



Brasilia, vestíbulo, edificio habitación.

único tronco independiente de la arquitectura contemporánea», como dice el director de la revista *L'Architecture d'aujourd'hui*, de París.

Cuando pido a Niemeyer hablar de la función de la arquitectura en relación a las cuestiones sociales, él se vuelve a animar:

—Siempre digo que lo importante es cambiar la sociedad. La arquitectura expresó siempre la técnica y el sentido social de la época en que fue realizada. Por eso mismo, la arquitectura brasileña es injusta y discriminatoria, volcada a la clase dominante. Por otro lado, es creativa y no le falta una base técnica envidiable. Son buenos ejemplos Brasilia, construida en cuatro años, y el Sambódromo, en cuatro meses, y esas sesenta escuelas que Brizola va a inaugurar.

En los problemas sociales el arquitecto rehusa paliativos, demagogia o paternalismo:



Brasilia, Auditorio Nacional, edificios de secretarías de estado.

—Si la miseria conmueve, es en la calle, en los movimientos políticos que ella puede ser combatida.

Niemeyer no ve mucha diferencia de las escuelas de arquitectura de su época con las facultades de hoy, sin embargo, cuando estudiaba, siempre procuró informarse de todo lo que se decía respecto a la carrera. Hasta hoy mantiene esa preocupación. Recientemente entregó al gobierno un estudio que podría modificar la enseñanza en las facultades de arquitectura.

—La escuela de arquitectura en Brasil es buena, porque hace al arquitecto elaborar proyectos de las cosas de lo cotidiano, como teatros, cines y departamentos. En Europa ellos son más teóricos, haciendo que el profesional sea más apto para discutir que para realizar. La enseñanza con relación a mi época cambió poco. Sin embargo, me gustaría ver a las facultades actuales un poco modificadas. En un estudio presentado al gobierno de Argelia dije cómo, a mi ver, deberían ser las facultades de arquitectura: un gran taller, donde los alumnos se encontrasen, trabajasen y tuviesen asistencia de profesores, ingenieros y técnicos especializados. Proponía también que la arquitectura tenga un sentido más humanista, que el profesional se interese por otros asuntos, y no se sienta alejado del mundo en que vive, que sepa escribir un texto sin preocupaciones literarias, más didáctico, bien hecho. Eso es indispensable para que ellos puedan defender sus proyectos. Cuando tengo una idea y comienzo a dibujar, al mismo tiempo voy escribiendo lo que idealicé, porque si en esa descripción me faltan argumentos, es porque el proyecto no está completo. Muchas veces tuve una idea aprobada más por la explicación que escribí, que propiamente por la arquitectura, que la verdad, poca gente comprende.

A Niemeyer no le gusta hablar de la importancia de su trabajo. Prefiere responder, sutilmente, con la experiencia de un amigo ante la observación del universo:

—Muy poca cosa es importante en ese mundo, casi nada. Me acuerdo de Joaquim Cardozo, gran calculista, poeta, escritor. Con él quedaba mirando para el cielo en la baranda de la oficina. Hablábamos, entonces, de las estrellas, de este universo inmenso que nos cerca, y nos sentíamos tan pequeños. La verdad, ¡cómo somos insignificantes!

Además de la arquitectura y de la política, su tema preferido es la literatura, él le dedica una atención muy especial. Ya publicó varios libros en Italia, Francia y en la Unión Soviética. En breve lanzará otro, presentando sus trabajos de forma visual, con explicaciones de lo que piensa sobre arquitectura, representando el trabajo del artista durante sus cincuenta años de profesión.

—Después de formado comencé a sentir la necesidad de salir un poco de los asuntos de la arquitectura. Y como la literatura me atraía, leí mucho. Leí como si no supiera nada y todo quisiese comprender. Leí con la devoción con que leyera mu-

chos años atrás la obra de Le Corbusier. Gusto de todos los géneros. De la imaginación de Jorge Amado a lo conciso del viejo Graciliano Ramos. Y recurrí curioso, a los viejos maestros, de Diogo do Couto a Eça de Queiroz, de Gide a Malraux y Camus. Y pasé a interesarme por mis escritores predilectos, por sus vidas llenas de problemas, como las de todos nosotros. Con qué interés fui a ver en París la Casa de Balzac y la de Proust, que no encontré.

El artista tampoco esconde su admiración por los amigos. Es cuestión, en todo momento, de citar nombres que contribuyeron y participaron, directa o indirectamente, de sus momentos importantes. Queda emocionado cuando habla:

–Mis amigos son tantos que resulta difícil recordarlos a todos. Los tengo en todos los sectores. Son buenos, fieles y compañeros. No puedo recordar a Juscelino sin recordar a Gustavo Capanema, y recordar a Capanema, sin recordar a Drummond, Rodrigo Melo Franco y Prudente de Moraes. Si recuerdo a Prestes, tengo que recordar a Agildo Barata, Maurão Grabois, Carlos Maringuela, Pedro Pomar y tantos otros. Si recuerdo a Luciano Brandão, querido amigo de Brasilia, tengo que acordarme de todos mis amigos senadores y diputados. Y la lista se completaría con mis amigos de día a día. Ferreira Gullar, Renato Guimarães, Marinho Estelita, Ivan Alves, Rômulo Dantas, José Reis, Glauco Campello, João Saldanha, Luis José Pinho, José Lopes da Silva, Hans Müller, Carlos Magalhães y João Niemeyer. Para uno de ellos, Capanema, escribí a mi amigo Marco Maciel recordando su nombre para el Edificio de Educación y Cultura. Marco Maciel me atendió –después me dijo que él ya había pensado en eso antes– y Sarney apoyó la idea. Es claro que no podré dejar de pensar en mi hermano Darcy Ribeiro, esa figura ejemplar que acompañé en Brasilia a luchar por la construcción de la universidad. Que intentó hasta la última hora defender Jango y ahora, al lado de Brizola, construye centenas de escuelas fuera de Río.

Getúlio Vargas sería uno de últimos nombres recordados por Óscar Niemeyer. Sin embargo, recientemente, cuando se estableció una polémica en torno de la construcción de un monumento a Vargas que sería erigido en Río, se levantó una discusión controvertida respecto de la figura del presidente. Niemeyer, sorprendentemente, a pesar de ser enemigo de Getúlio, le hace justicia escribiendo un artículo donde enaltece el acto de coraje de Vargas como una demostración de amor a la patria.

–En ese artículo, dejaba bien claro que nunca fui getulista; al contrario, evitaba hasta su presencia. Cuando Juscelino me invitó a la inauguración de Pampulha, no asistí, pues no quería encontrarlo. Me acordaba de mi país, de la DIP, la DPPS, de mis amigos presos, torturados. Pero el tiempo pasó. Fui convocado por mi partido para permanecer en mi célula de Gávea para resistir a favor de Getúlio. Con los desmanes de Filinto Müller, la

figura de Vargas comenzó a mejorar un poco nuestro espíritu. Cuando se suicidó, nosotros estábamos en contra de la presión que los más reaccionarios hacían contra él. El suicidio de Getúlio no fue una cosa personal, «una confesión de fracaso», como dice Albert Camus en *Le Mythe de Sisyphe*, sino una demostración de coraje y de interés cívico tan alto y digno como los suicidios de protesta en la Revolución China.

Óscar Niemeyer tiene muchos proyectos en marcha. En Francia, aguarda la aprobación de un conjunto de cinco edificios para la administración municipal, en Italia, un nuevo edificio para la Editora Mondadori y un puente para el canal principal de Venecia. En Belo Horizonte, en Pampulha, la Casa de Baile va a ser transformada en un pequeño museo. Proyecta, para São Paulo, un edificio gubernamental, y en Río sigue dando toda la atención a la construcción de los Centros Integrados de Educación Niemeyer.

–Cuando Darcy Ribeiro me pidió que hiciera el proyecto de las escuelas del gobierno de Brizola, sentí que era el momento de realizar un trabajo realmente útil. Hice un proyecto de sesenta escuelas prefabricadas que ya están casi listas, porque son fáciles de construir. Creo que en corto plazo el gobierno de Brizola va a tener la recompensa de esa idea. En cada barrio va a surgir una. Ellas son tan diferentes que van a destacar del complejo urbano donde fueron colocadas.

El arquitecto, sin embargo, dice no tener edad para hacer proyectos a largo plazo. Cuando le piden un proyecto que demanda mucho tiempo, lo rechaza.

–Después de cierta edad quedamos siempre en un programa muy reducido, por eso procuro trabajar hasta el fin, mas sin hacer proyectos a largo plazo. Paso los sábados y domingos deambulando por la oficina, mirando el mar, leyendo, escribiendo y dibujando. Estoy siempre creando y creo que es el momento en que trabajo más. Descartes decía: «Ese periodo de quedarse parado, pensando en las cosas, es el más fructificante» ☉



Brasilia, vista desde la torre de comunicaciones del congreso.